

VII

A la señorita Germana de Freydet.

CLOS-JALLANGES

Mucho me apenan, querida hermana, tus cartas: te aburres, sufres; quisieras que estuviese ahí; pero ¿cómo? Recuerda el consejo de mi maestro: «Déjese usted ver.» ¿Crees tú que podría preparar mi candidatura en Clos-Jallanges, con mis polainas y mi chaleco de caza? Porque debes fijarte en que se acerca el momento. Loisillón se acaba á ojos vistas, y yo aprovecho lo que dura su agonía lenta para crearme en la Academia lo que hoy son simpatías y mañana serán votos.

Ya Leonardo Astier me ha presentado á alguno de esos señores: voy á buscarle con frecuencia después de la sesión, y resulta deliciosa

la salida del Instituto entre aquellos hombres encorvados bajo el peso de tantos años como lauros, que salen cogidos del brazo, en grupos de tres ó cuatro, alegres, radiantes, hablando á voces, llenando toda la acera y con los ojos brillantes todavía por las buenas cosas que acababan de hacer dentro.

—¡Qué gracia, Paillerón!

—¡Y qué bien le ha contestado Danjoul!

Yo me cojo del brazo de Astier-Rehu y entre aquel coro de inmortales, parece que ya soy uno de ellos. Luego los grupos se disuelven, y se despiden en un rincón de la puerta gritando:

—¡Hasta el jueves! No falte usted.

Y yo me vuelvo hasta la calle de Beaune, acompañando al maestro que me aconseja y me alienta, y seguro del éxito, me dice con su risa franca:

—Míreme usted bien, Freydet. Cuando salgo de ahí, tengo veinte años menos.

Verdaderamente creo que la cúpula les conserva. ¿Dónde hallar, si no, un viejo tan despier-to como Juan Rehu, cuyo nonagésimo octavo aniversario ayer solemnizamos en casa de Voisin? Este festival fué idea de Gavaux; me costó

cincuenta luises, pero me dió ocasión para contar á mi gente. Éramos veinticinco en la mesa, todos académicos, fuera de Picheral, Gavaux y yo: de ellos, diecisiete ó dieciocho votos ganados; el resto indeciso, pero simpático. La comida estuvo muy bien servida; se habló mucho.

No me acordaba: he invitado á Gavaux para Clos-Jallanges durante las vacaciones de la Biblioteca Nacional, de la cual es bibliotecario. Le daremos el cuarto grande junto á la Faisanería; no me parece muy bueno el tal Gavaux, pero hay que contar con él; es el corzo de la Duquesa. Ya te dije que nuestras grandes damas llaman de este modo al amigo soltero, ocioso, discreto, rápido, que se tiene cerca para los recados y las visitas delicadas que no se pueden encargar á un criado. Viene á ser como un correo entre grandes potencias, el corzo; y como es joven, algunas veces hace de dulce interino: pero ordinariamente ese animal es sobrio, barato, y cobra en calderilla, se sienta en el extremo de las mesas, y tiene el honor de estar en el salón de su dama respectiva. Me parece, sin embargo, que Gavaux ha sacado algo más de su empleo, porque es muy listo, y á pesar

de su cargo, muy temido con su aire bonachón: marmitón en jefe de dos cocinas, como él dice, la académica y la diplomática, me indica las trampas y los escondrijos de que está minado el camino del Instituto, y que mi maestro Astier todavía no conoce, como pobre inocente que es, que ha subido en línea recta, sin sospechar el peligro de la ascensión, con los ojos fijos en la cúpula, fiando solo en su fuerza propia, y en su obra; y que mil veces se hubiera estrellado si no le hubiese guiado, sin él saberlo, su mujer, que es muy inteligente.

Gavaux es el que me ha quitado la idea de publicar de aquí á la próxima vacante de la Academia, mis *Pensamientos rústicos*.

—No, no, me ha dicho. Bastante ha escrito usted, y mejor si pudiese usted dar á entender que ha acabado, que no hay más, y que es usted sencillamente hombre de mundo. La Academia gusta de esto.

A lo cual añade la curiosa advertencia de Picheral:

—No les lleve usted sus libros.

Y veo que cuantas menos obras, más títulos tiene uno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Picheral es muy influyente, y también le tendremos con nosotros este verano; un cuartito en el segundo, el cuarto trastero, por ejemplo; en fin, tú verás. Mucho enredo será para ti, mi buena Germana, y más en el actual estado de tu enfermedad. Pero ¿qué quieres? Bastante molesto para mí es no tener casa en París durante el invierno y no recibir, como hace Dalzón, Moser y mis demás contrincantes. Cuídate mucho, procura curarte. ¡Dios mío!

Volviendo á mi comida, naturalmente se ha hablado mucho de la Academia, de sus elecciones, de sus deberes, de lo bueno y lo malo que de ella habla la gente. Según nuestros inmortales, todos los detractores de la institución son unos pobrecitos que no han logrado entrar en ella; y en cuanto á los grandes escritores postergados sin explicación plausible, para cada uno hay un motivo especial. Yo cité tímidamente el nombre de Balzac, nuestro gran paisano, y el novelista Desminières, organizador de las charadas de Compiègne, en tiempo de la Emperatriz; pero me contestaron enérgicamente:

—¿Balzac? ¿Pero usted le ha conocido? ¿Sabe

usted de quién habla? El desorden, la bohemia: un hombre que jamás vió veinte francos reunidos. Conozco este detalle por su amigo Federico Lemaitre. ¡Sin veinte francos, y quiere usted que la Academia!...

Con lo cual el viejo Juan Rehu, con la mano puesta en la oreja como una trompetilla, creyó que hablábamos de fechas académicas, y nos contó el bonito rasgo de su amigo Suard, que se presentó en la Academia el 21 de Enero de 1793, día de la muerte del Rey, y aprovechó la ausencia de sus cofrades para llevarse los doscientos cuarenta francos de la sesión.

Se explica bien el abuelo: «Yo lo he visto,» y sin su sordera sería un narrador brillante. Contestó á algunos versos que le dirigí á manera de brindis en elogio de su sorprendente ancianidad, llamándome «Caro colega.»

—Futuro colega, le corrigió mi maestro Astier. Risas y bravos. Y al marcharse todos, me llamaron futuro colega, con apretones de mano vibrantes, significativos, con muchos «¡hasta luego!» «¡hasta la vista!» aludiendo á mi próxima visita. Son una broma

las visitas académicas; pero todos las hacen.

Saliendo de la comida me contaba Rehu que, cuando su elección, el viejo Dufaure le hizo ir diez veces sin recibirle; pero el maestro se empeñó, y á la undécima se abrieron las puertas. Hay que querer.

Realmente, si Ripault-Babin ó Loisillón murieran (los dos están muy malos, pero el que me inspira más confianza es el primero), mi único contrincante serio sería Dalzón: tiene talento, fortuna, una excelente bodega, y está muy bien con los Duques. No tiene en su contra más que un pecado juvenil, recientemente descubierto. *En cueros vivos*, poemita de seiscientos versos, publicado en *Erópolis*, sin nombre de autor, y muy fuerte. Dicen que ha comprado todo el resto de la edición para quemarla, pero todavía circulan algunos ejemplares con la dedicatoria y la firma. El pobre Dalzón protesta y lucha como un demonio; pero la Academia se reserva hasta que acabe su información. Por esto el bueno de mi maestro, sin precisar más, me decía gravemente la otra noche que él no votaría á Dalzón.

Lo que hay que entender es que la Acade-

mia es un salón antes que nada. Sólo se puede entrar vestido de etiqueta y con las manos muy limpias.

Sin embargo, soy ante todo un caballero, y estimo bastante á mi adversario para servirme de armas prohibidas. A Fage, el encuadernador del Tribunal de Cuentas, el extraño jorobado á quien veo algunas veces en casa de Vedrine, y que está muy al corriente de las curiosidades bibliográficas, le contesté lo que debía el otro día que me propuso la venta de un ejemplar firmado de *En cueros vivos*.

—Bueno, me contestó sin pestañear. Será para el señor Moser.

A propósito de Vedrine: mi situación se hace muy difícil. En el calor de nuestro primer encuentro le comprometí á llevarnos á Jallanges á su mujer y sus hijos; pero ¿cómo concertar su estancia ahí, con la de los Astier y los Gavaux, que abominan de él? ¡Es tan rudo y original! Figúrate que es noble, marqués de Vedrine, y que ya en el liceo de Luis el Grande recataba el título y el *de* que tantos otros desearían en estos tiempos democráticos, en que todo se adquiere menos esto.

¿Que por qué? Quiere que se le quiera por él mismo. Entiéndelo, si puedes.

Entretanto, la princesa de Rosen se niega á admitir el guerrero esculpido para la tumba del Príncipe, del cual se hablaba á todas horas en aquella casa de artistas que andan algo mal de dinero.

—Cuando habremos vendido el guerrero, me comprarán un caballo de máquina, decía el niño; y la pobre madre contaba también con el guerrero para llenar un poco sus armarios vacíos, en tanto que Vedrine no veía en ese dinero de su obra maestra, más que tres meses de vagancia, en piragua, Nilo arriba.

El guerrero no se ha vendido ni se pagará hasta Dios sabe cuándo, y esto después de un proceso, con peritaje y demás; y sin embargo, nada de esto les ha conmovido.

Al día siguiente de esta mala noticia, fuí al Tribunal de Cuentas y encontré á mi Vedrine instalado ante su caballete, feliz, encantado, pintando en una gran tela un extraño bosque virgen, y en medio el panteón ardiendo. Detrás de él, la mujer y el niño, extasiados; la señora Vedrine me dijo en voz baja, y meciendo á la niña:

—Al fin somos felices. Vedrine se ha metido á pintar.

¿No es cierto que da ganas de llorar ó de reír?

Lo descosido de esta carta te dará idea, mi querida hermana, de la agitación y la fiebre de mi cerebro desde que preparo mi candidatura.

Voy á los *días* de unos y de otros, á las comidas, á las *soirées*. Figúrate que me toman por el corzo de la señora de Ancelín, y esto porque frecuento con asiduidad su salón el viernes, y voy todos los martes á su palco de la Comedia. En todo caso seré un corzo rústico, á pesar de las modificaciones que me he impuesto en el sentido académico y mundano. A mi vuelta quedarás sorprendida.

El lunes último hubo recepción íntima en el hotel Padovani, y allí tuve el honor de que me presentasen al Gran Duque Leopoldo. Su Alteza me felicitó por mi último libro, y por todos los demás, que conoce tan bien como yo. ¡Esos extranjeros son extraordinarios!

Pero donde lo paso más á gusto es en casa de los Astier, familia patriarcal, unida y sencí-

lla. El otro día, después de almorzar, le llevaron al maestro una casaca nueva de académico, que nos hemos probado; y digo *hemos*, porque el maestro quiso ver qué tal me sentaban las palmas.

Me puse la casaca, el sombrero y la espada, que es una espada de verdad, que se puede desenvainar, y que tiene en el centro una ranura para la sangre: me conmovió su vista. Todo esto para que veas á lo que llega mi preciosa intimidad con Astier.

Luego, cuando entro en mi tranquila celda, si es tarde para escribirte, me entretengo en hacer escrutinios. En la lista completa de académicos señalo á los que sé que están por mí y á los que prefieren á Dalzón. Sumo y resto... Es una diversión exquisita: ya verás. Te lo enseñaré. Como te decía, Dalzón tiene á los Duques; pero el autor de la *Casa de Orleans*, que es recibido en Chantilly, me presentará á los Príncipes.

Si gusto—y te advierto, para que veas si voy adquiriendo astucia, que con este fin me estoy aprendiendo de memoria cierta batalla de Rocroy—el autor de «*En cueros vivos*, Erópo-

lis, sin fecha,» pierde su apoyo más firme.

No reniego de mis opiniones. Soy republicano, sí, pero hoy se va muy lejos: además, ante todo, soy candidato.

Y luego, después de este viaje, pienso volver cerca de mi Germana, á la cual suplico que no se canse y que piense en la alegría del día aquel.

En fin, querida hermana, que entraremos en el *Jardín del Ganso*, como dice el bohemio de Vedrine; pero hace falta paciencia y ánimo.

Tu hermano que te quiere

ABEL DE FREYDET.»

Vuelvo á abrir esta carta: veo en los periódicos de la mañana que Loisillón ha muerto: un golpe del destino que conmueve, por más que uno lo espere y lo tenga ya descontado. ¡Qué duelo y qué pérdida para la literatura francesa! Ahí tienes, mi pobre Germana, cómo se retrasa mi vuelta. Cuida las flores. Te escribiré dentro de poco.»